

LA EUCARISTÍA

COMO ACCIÓN DE GRACIAS

LA PALABRA «EUCARISTÍA»

La palabra encaristía es la forma española de una palabra griega que significa acción de gracias. Eucaristein, es dar gracias. En un exvoto (probablemente del siglo II) dedicado al dios médico Esculapio, un soldado nos cuenta así su historia: «Recuperó la vista, vino a dar gracias -eucaristesen- públicamente al dios».

En este sentido utiliza la Biblia griega el verbo eucaristein. Judit arenga de este modo a sus conciudadanos de Betulia: «Demos gracias (encaristesômen) al Señor Dios nuestro que nos ha puesto a prueba como a nuestros padres» (Jud 8, 25). El leproso samaritano «encaristía» a Jesús que le ha curado (Lc 17, 16). El fariseo «eucaristía» a Dios por no ser como los demás hombres (Lc 18, 11). Ante la tumba de Lázaro, Jesús «eucaristía» a su Padre porque siempre le escucha (Jn 11, 41).

Los textos más próximos a la Cena son sin duda los de la multiplicación de los panes que la tradición sinóptica coloca en lo que se ha llamado «la sección de los panes» (Mc 6, 35 a 8, 26). En el

primer

milagro, Mc 8, 6, seguido por Mt 15, 36, propone un texto casi litúrgico:

«Tomando siete panes y dando gracias (encaristésen) los partió e iba dándolos a sus discípulos».

El relato de la primera multiplicación cuenta sin duda el mismo milagro, pero en una recensión diferente. Mc 6, 41, Mt 14, 18 y Lc 9, 16

utilizan el verbo eulogein, bendecir, mientras que el paralelo de Jn 6, 11

emplea el verbo eucaristein. En el vocabulario del Antiguo Testamento

eulogia corresponde más bien a la bendición-berejá, mientras que eucaristie traduce acción de gracias-todá 1. Pero en el nivel de lenguaje de la primitiva comunidad los dos términos aparecen prácticamente como sinónimos. Al explicar a los grupos carismáticos de

Corinto que había que rezar «con inteligencia», es decir, de manera

comprensible, Pablo les pide: «Porque si no bendices (eulogés) más

que con el espíritu ¿cómo dirá «amén» a tu acción de gracias (eucaristía) el que ocupa el lugar del no iniciado, pues no sabe lo que

dices? ¡Cierto!, tu acción de gracias (eucaristía) es excelente, pero el

otro no se edifica» (1 Co 14, 16-17).

En el relato de la Cena, la tradición Mateo-Marcos utiliza el verbo eulogein para el pan y eucaristein para el vino, mientras que la tradición

de Antioquía representada por Pablo y Lucas sólo utiliza eucaristein. En

uno y otro caso se trata a la vez de la bendición y la acción de gracias

que Jesús dirigió a su Padre al tomar el pan y el vino.

Para abreviar, se llegó a llamar «acción de gracias» al pan y al vino sobre los cuales se había pronunciado la oración. Al principio - digamos hacia el año 50- en Corinto, los dos términos eucaristia y eulogia tenían las mismas probabilidades de imponerse y nuestra eucaristía actual pudo muy bien haberse llamado eulogia. Con el correr de la historia, fue eucaristia la que se impuso. Hacia la mitad del siglo II, Justino es un testigo excepcional de esta evolución, y su testimonio resume bien, en tres afirmaciones, la evolución del lenguaje y la vida de esta palabra:

—El presidente pronuncia una larga eucaristía, es decir, una oración de acción de gracias.

—El pan sobre el cual se pronuncia la oración se llama eucaristía (Pablo hablaba de la copa «eulogiada», o sea bendecida).

—Este alimento recibe el nombre de eucaristia.

Tal es, resumida a grandes rasgos, la evolución de la palabra eucaristía. Queda ahora lo más importante, que es mostrar de qué modo nuestra eucaristía es acción de gracias.

LA ACCION DE GRACIAS EN LA PIEDAD JUDIA

«Hacer esto» en memoria de Cristo, es ante todo, repetir su acción de gracias. Claro que no se trata de tomar al pie de la letra sus palabras por una especie de mimetismo amoroso, sino sobre todo

y de un modo más profundo, se trata de una actitud espiritual que haga revivir su alabanza y su acción de gracias. En efecto, su bendición sobre el pan y el vino no tiene nada de excepcional (aunque haya estado marcada por su personalidad). Se inserta, por el contrario, en la oración cotidiana de Israel, da testimonio de las innumerables bendiciones en medio de las cuales se movía la piedad judía y que convertían la vida del fiel en una incesante fiesta eucarística.

La bendición es una actitud esencial en el yahvismo. La acción de gracias y la alabanza del hombre son la respuesta a la epifanía del amor de Dios que brota en la creación y en la historia humana. Yahvé habla creando maravillas. El hombre responde bendiciendo al Dios de las maravillas. Cuando el amor de Dios irrumpe en su vida -y todos los caminos de Yahvé son amor, como sabe bien Israel (Sal. 25, 10)- ¿qué otra cosa puede hacer el fiel sino acoger con alegría esta ternura que descende del cielo, bendecir y dar gracias? Conocemos el delicioso relato del matrimonio de Isaac, según se cuenta en la tradición yahvista a partir de los recuerdos familiares: por orden de Abraham, su criado vuelve con diez camellos al país de sus antepasados, para buscar una novia que pueda compartir, al mismo tiempo, la sangre y la fe de la tribu. Al atardecer, junto al pozo de Najor, Dios le muestra a la bella Rebeca. «Entonces se postró el hombre y adoró a Yahvé diciendo:

«Bendito sea Yahvé, el Dios de mi señor Abraham, que no ha retirado su favor y su lealtad para con mi señor. Yahvé me ha traído a parar a casa del hermano de mi señor» (Gen 24, 26-27).

La bendición se exterioriza mediante el hecho de postrarse para adorar, se nutre de admiración a Dios, y además hace «memoria» («anámnesis», como dice la liturgia) de las maravillas de Dios: Yahvé ha prodigado su bondad a Abraham y ha guiado los pasos de su siervo.

Encontramos aquí lo esencial de la estructura de la oración «eucarística» tal como se encuentra en la Biblia y en la liturgia: acción de gracias y anámnesis de las maravillas de Dios.

Es normal que la piedad haya cincelado las bendiciones hasta convertirlas en fórmulas estereotipadas y que la Tradición, buscando una mayor belleza, les haya tejido una vestidura esplendorosa. No

todas las tardes había una Rebeca que descubrir junto al pozo de Najor, pero sí había que celebrar todos los días al Dios maravilloso en

medio de la banalidad cotidiana. Puesto que la tierra es el inmenso

templo en que la creación grita: «¡Gloria!» (Sal 29, 9), puesto que todos

los momentos de su vida están en manos de Dios (Sal 31, 16), toda la

existencia judía es un cara a cara con el Eterno, cada encuentro con la

criatura produce la alabanza, se convierte en eucaristía. Al despertarse

por la mañana, al levantarse, al abrir los ojos a la nueva luz, al lavarse,

al vestirse, al comer, al beber, al respirar un perfume agradable,

al

encontrarse con un amigo, al recibir buenas noticias, en una palabra,

en cualquier ocasión, el alma de Israel se reconoce en el grito del Salmo:

¡Bendito sea Yahvé que me ha brindado maravillas de amor! (Sal 31, 22).

Conviene citar aquí el Shemoné Esré o Dieciocho (Bendiciones).

Es

la oración más representativa del judaísmo, hasta el punto de que se le

llamaba también Tefil. Iá, es decir, Oración por excelencia.

Dieciocho

bendiciones forman la trama de esta larga oración de alabanza y petición. En sus elementos esenciales se remonta a la época precristiana. Se recitaba tres veces al día. He aquí el principio (ponemos entre paréntesis las adiciones posteriores).

Bendito seas tú Yahvé,

(Dios nuestro y Dios de nuestros padres),

Dios de Abramam, de Isaac y de Jacob,

(Dios grande, santo y terrible),

Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra,

escudo nuestro y de nuestros padres,

(confianza nuestra en todas las generaciones).

¡Bendito seas tú, Yahvé, escudo de Abraham!

Como un estribillo de luz en medio de una canto de súplica, brota dieciocho veces la aclamación: «¡Bendito seas tú, Yahvé! ». El alma de

Israel aparece aquí al desnudo. Un alma que no puede pedir nada sin

dar las gracias, que no quiere alargar la mano para mendigar, sin alzarla primero para bendecir.

Jesús expresó siempre su piedad con un cierto pudor, como si no

quisiera desvelar la plenitud del amor que le unía al Padre (sólo una vez dice que ama al Padre, en Jn 14, 31). Sin embargo deja que su alma «eucarística» se transparente en la bendición llamada himno de júbilo, cuyo principio está tomado precisamente de las Shemoné Esré. «Se llenó de gozo en el Espíritu Santo», cuenta Lucas (10, 21-22), y dijo:

Yo te bendigo, Padre,
 Señor del cielo y de la tierra,
 porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes
 y se la has revelado a pequeños.
 Si, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.

Sin duda nos encontramos aquí con la más elevada expresión de la religión de Jesús, hecha de admiración, de bendición, de alabanza hacia la voluntad amorosa del Padre. Este «Sí, Padre», pronunciado aquí en el gozo del Espíritu Santo, lo volveremos a encontrar en la oración llena de humildad de Getsemaní: «¡Abba, Padre! todo es posible para ti!» (Mc 14, 36).

La oración de Jesús durante la Cena no es la acción de gracias de un instante. Es el reflejo de una vida enteramente «eucarística».

LA ACCION DE GRACIAS DE PASCUA

¿Podemos precisar los temas de esta alabanza de la Cena? Sí, puesto que la Cena se sitúa en el contexto de la Pascua. La alabanza de Jesús abraza los temas de la fiesta pascual. Ahora bien, según

el poema de las cuatro noches (v.p. 41), esta celebración es el memorial de la noche en que Dios creó el mundo, de la noche en que Abraham ofreció a su hijo Isaac, de la noche en que Dios liberó a su pueblo de la esclavitud en Egipto, de la noche, al final de los tiempos, en que dará comienzo una aurora eterna.

Pascua y la creación

PAS/CREACION CREACION/PASCUA: Celebrar la Pascua es, ante todo, dar gracias por las maravillas de la creación. Eso es precisamente lo que se hace con el Gran Hallel (Salmo 136). Jesús lo cantó con sus apóstoles en la última Cena (Mt 26, 30 y Mc 14, 26 lo mencionan expresamente) y celebró con una misma alabanza el amor del Dios creador del universo y del liberador de su pueblo en el Exodo; el amor que afianzó el universo sobre las aguas y el que dio la Tierra prometida en heredad. Para Israel, la creación anticipa la «redención». Israel pasa a pie firme desde la alabanza al Dios que cuenta las estrellas y alimenta a las crías de cuervo, al Dios que construye Jerusalén y reúne a los deportados (Sal 147). Jamás echa en olvido que el libro del Exodo viene después del Génesis.

Este lazo entre Pascua y la creación quedaba además subrayado por las lecturas bíblicas usuales en la liturgia sinagoga. En Palestina,

el ciclo de lecturas era trienal. El primer año se empezaba el mes pascual de nisán justamente con el relato de la creación según Gn 1; y el segundo año comenzaba con Ex 12, 2: «Este mes será para vosotros el primer mes del año». Así pues, la liturgia enlazaba afectivamente la fiesta de la creación y la del Exodo. La Pascua al resaltar la alegría de la primavera, se convertía también en memorial de la creación. «Es el florecer de la creación, la belleza del mundo», dice una antigua homilía pascual 2. Es, también, la fiesta de la luz, del «día eterno», como se solía decir, puesto que, en el equinocio de primavera, el sol brilla las doce horas del día y la luna llena las doce horas de la noche. Como se puede adivinar fácilmente, todos estos temas aparecen «cristianizados» en la Pascua de Cristo, transfigurados por la gloria del Resucitado. «Hacer esto» en memoria suya es, pues, cantar al Creador que sostiene los abismos y las montañas en la palma de su mano y, sobre todo, dar gracias por los nuevos cielos y la nueva tierra inaugurados por la Resurrección. Es dar gracias al Padre que ha formado al primer hombre del barro de la tierra, pero aún más a quien ha formado el nuevo Adán, cuya resurrección brota como vida y alegría sobre el mundo (cf. Rm 5, 12-21). El cristiano canta a la luz «eterna» del equinocio de primavera, pero más aún al sol de vida e inmortalidad

que brilla en su corazón (cf. 2 Tm 1, 10). Bendice a Dios por la primavera que cubre las colinas con un manto de flores y hace germinar

las primicias de la cosecha para la Pascua, pero aún más lo bendice

por la primavera sin fin que le abre ahora las puertas de la eternidad.

Sabe que la armonía de la creación ha sido destruida por el pecado,

que su belleza se ha marchitado como una rosa deshojada por el viento

de otoño, pero sabe también que el Resucitado lo restaura todo en él,

tanto el universo de la tierra como el del cielo (cf. Ef 1, 10. 22-23; 1 Co

15, 27; Ap 21, 6). Escucha los gemidos de la creación cautiva bajo el

yugo del pecado y de la vanidad (cf. Rm 8, 19-22), pero comprende que

estos dolores no son de agonía, sino de parto por la nueva vida que

nace. Sabe que camina hacia una nueva tierra, hacia unos nuevos cielos, hacia una nueva Jerusalén, hermosa como una novia (cf.

Ap. 21,

1-5). En una palabra, la Pascua judía es la fiesta de la creación y de la

primavera. La Pascua de Cristo es la fiesta de la nueva creación y de

una primavera eterna, la Eucaristía es memorial y acción de gracias por

la una y por la otra.

Con razón la liturgia romana asocia la creación—si bien tímidamente

a la alabanza eucarística. «Tú eres verdaderamente Santo, Dios del

universo, y toda la creación proclama tu alabanza», dice la

Plegaria

eucarística III. Y en la Plegaria IV, evocamos el día «en que podemos, con toda la creación, al fin liberada del pecado y de la muerte», glorificar al Padre.

OJO-ENC/PLENITUD-EVOLUCION: Puede uno preguntarse si esta alabanza cósmica no deriva directamente, como de una fuente, del hecho mismo de la Encarnación (sin referirse necesariamente a la Eucaristía). En efecto, la transformación del barro humano en «Eucaristía», el paso del hombre carnal a hijo de Dios, empieza en cuanto Jesús toma nuestra naturaleza humana. Su persona divina se sitúa en la cumbre de la pirámide humana, al final de la evolución. ¡Ha sido necesario tanto tiempo para que nazca del barro un cuerpo de hombre, capaz de inteligencia, para que germine un corazón de hombre, capaz de divinidad! En Jesús, la evolución de la raza humana toca las orillas de la divinidad, en él los titubeos seculares consiguen llegar, por medio del Espíritu Santo, al Hijo único del Padre.

Jesús es el primogénito. Le siguen todos sus hermanos. Mediante su Encarnación en la Virgen María, el fermento de su divinidad ha sido depositado en el corazón de la tierra. Toda la humanidad se convierte de algún modo en el Cuerpo de Cristo. Toda la humanidad se convierte en el Templo que el Espíritu llena con su gloria. Toda la humanidad pronuncia la palabra del Padre: «Tu eres mi Hijo; yo te he engendrado

hoy» (Lc 3, 22). Hechos hijos en el Hijo, todos participamos en su misterio, nos hacemos «eucaristía» en la misma medida en que nos identificamos con él, en la medida en que su Pascua nos arrebatara y hace de nosotros «alabanzas vivas de gloria» (Ef. 1, 6, 12).

Clemente

de Alejandría (hacia 215) describe con entusiasmo este canto eucarístico del Hijo en la humanidad rescatada: «Dejando a un lado la

lira y la cítara, instrumentos sin alma, el Verbo de Dios se ha concedido

a sí mismo, por medio del Espíritu Santo, este mundo y sobre todo el

hombre que lo resume todo en sí mismo, en su cuerpo y en su alma, y

canta a Dios con este instrumento de mil voces, se acompaña con esta

cítara que es el hombre» 3.

Pero este movimiento de divinización, este cambio del barro en cántico de acción de gracias, está significado de modo particularmente

intenso en la Eucaristía. ¡El grano de trigo depositado en el corazón de

la tierra, que germina acariciado por el sol primaveral, que se alza como

espiga, y madura para la siega, se hace pan de los hombres, se transforma en el cuerpo del Hijo de Dios! ¡Y la sangre de la uva, que se

dora bajo el sol de otoño, se transforma en la sangre de Cristo resucitado! La creación se hace Eucaristía, el pan y el vino se

convierten en alabanza de gloria, el fruto del trabajo del hombre se

hace Cristo. No es ya solamente signo de Dios (nos muestra su existencia por el simple hecho de haber salido de sus manos), ni tan

sólo portadora de su gracia (como los demás sacramentos). Por la transubstanciación, es vida eterna, es el cuerpo del Hijo de Dios.

La Eucaristía revela así el sentido último del acto creador de Dios, la

vocación de toda la creación. Este significado supremo no es su salida

de Dios, su creación a partir de la nada (ex nihilo), como si Dios, después de haberla tenido en sus manos, la lanzara a la ciega ronda de

los siglos, a la nada del mundo cósmico que gira y gira sin nunca avanzar. Sino que es un progreso de la materia al hombre, del hombre

a Cristo y de Cristo al Padre. Esta vuelta de la criatura a Dios, este

cambio de la queja del esclavo (cf. Rm 8, 22) en canto filial de alabanza,

está significado de una manera que trasciende a todos los demás sacramentos, mediante la Eucaristía. El momento de la consagración,

cuando el pan y el vino «frutos de la tierra y del trabajo del hombre», se

convierten en el Cuerpo de Cristo, cumple en un abrir y cerrar de ojos

la marcha de los siglos hacia Dios. Predestinado por el Padre, llamado

a la existencia por el Hijo, «primogénito de toda criatura» (Col 1, 15),

conducido por el Espíritu que mueve a todos los hijos de Dios (cf. Rm 8,

4), el hombre—y con él la creación entera—vuelve «al seno del Padre»

(Jn 1, 18), donde se encuentra el Hijo, donde reina el amor del Espíritu.

Es allí, en la paz inmutable de Dios, donde está el término de todos los

movimientos de la gracia y sobre todo del envío del Hijo a nuestra

humanidad y del don de su Espíritu. La creación, nacida del corazón de Dios, transformada en Eucaristía por la transubstanciación, vuelve al corazón de Dios para ser allí eternamente «alabanza de gloria de su gracia» (Ef 1, 6).

Pascua y el sacrificio de Abraham

La segunda noche que recuerda la Pascua judía es la del sacrificio de Abraham.

Sabemos el lugar privilegiado que ocupa Abraham en la historia de Israel. Es padre del pueblo de la promesa, no sólo según la carne, sino aún más según la fe. Y la manifestación de esta fe culmina en el sacrificio de Isaac.

Con una especie de letanía de ternura, Dios pide al patriarca ese sacrificio supremo: «Toma a tu hijo—a tu único—al que amas—a Isaac... y ve a ofrecérmelo sobre la montaña que yo te indicaré» (/Gn/22/02). Abraham obedece. La epístola a los Hebreos comenta:

«Por la fe, Abraham, puesto a prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos» (Hb. 11, 17-19).

La tradición judía pone el sacrificio de Isaac en relación directa con la Pascua. El libro de los Jubileos apócrifo del siglo II antes de

Cristo,
 afirma que Isaac fue ofrecido el 14 de nisán, a la misma hora en
 que
 más tarde se inmolaría el cordero pascual; y la montaña del
 holocausto
 no fue otra que el monte Sión (2 Cro 3, 1 ya había identificado el.
 monte
 Moria, monte del sacrificio según el Génesis, con la colina en que
 más
 tarde se levantaría el Templo). Igual que Isaac, el primogénito,
 fue
 rescatado con la sangre de un carnero, todos los primogénitos
 hebreos
 serán salvados por la sangre del cordero pascual.

Isaac—según la tradición—aceptó ser inmolado por su padre con
 una
 entrega total y una paz divina, y el patriarca, con este sacrificio,
 tuvo la
 ocasión de interceder por todos sus descendientes. Conviene citar
 aquí
 el targum sobre Gn 22, sin duda uno de los textos más
 conmovedores
 de la literatura judía:

Abraham dijo a Isaac: «Delante de Yahvé estará preparado un
 cordero para
 el holocausto. Si no, tú serás el cordero del holocausto». Y
 partieron los dos
 juntos, con un corazón perfecto.
 Llegaron al lugar que Yahvé había dicho a Abraham y éste
 construyó el
 altar. Cortó leña, ató a su hijo Isaac, y lo colocó sobre el altar
 encima de la
 leña. Luego, extendió la mano y tomó el cuchillo para sacrificar a
 su hijo
 Isaac.
 Isaac tomó la palabra y dijo a su padre Abraham: «Padre mio,

atame fuerte,
para que no me resista... » Los ojos de Abraham estaban fijos en los ojos de Isaac y los ojos de Isaac estaban vueltos hacia los ángeles del cielo. Abraham no los veía. En ese momento descendió del cielo una voz que decía: «Venid a ver a los dos «únicos» en mi universo. Uno sacrifica y el otro es sacrificado. El que sacrifica, no duda y el sacrificado, tiende el cuello» (...). Abraham se puso a rezar e invocó el nombre de la Palabra de Yahvé, diciendo: «¡Te suplico, Yahvé, por tu misericordia! (...) No ha habido doblez en mi corazón desde el momento en que me dijiste que sacrificara a mi hijo Isaac, que lo redujera a polvo y ceniza delante de ti. Pero al levantarme temprano esta mañana y apresurarme a cumplir tus palabras con alegría, ya he cumplido tu mandato. Ahora, pues, cuando sus hijos tengan que pasar por un tiempo de necesidad, acuérdate del sacrificio de su padre Isaac y escucha la voz de su súplica. ¡Escúchales, líbrales de cualquier tribulación!» 4.

Esto es lo que celebraba Jesús, a esto se refería su acción de gracias pascual. «Hacer esto» en memoria suya, es dar gracias por la fe de Abraham que construyó al pueblo de la Alianza, por la obediencia de su amor en el sacrificio de su hijo, por la aceptación heroica de Isaac de la voluntad de Dios sobre él, por la oración de intercesión en favor de su descendencia cuando se encuentre en «tiempo de

necesidad».

Estos temas, como los de la creación, están «cumplidos», es decir, han llegado a la plenitud, en la Nueva Alianza. Ya que, en Jesús, el Padre se acuerda «de su misericordia, como lo había prometido a Abraham y a su descendencia, para siempre», tal como canta la Virgen María, hija de Abraham (Lc 1, 54-55). En Jesús, todas las promesas encuentran su «Sí» (2 Co 1, 20). En él, la Tierra prometida ya no es el país de Canaán, sino el cielo del Resucitado. La posteridad, innumerable como la arena de la playa, como las estrellas del cielo, ya no está formada sólo por las tribus de Israel, sino por la familia universal de todos los hijos de Dios por la fe. En él, el hijo de Abraham se hace hijo de Dios. Tal es el motivo de la alabanza pascual cristiana.

Abraham e Isaac son profecía de la plenitud del amor de Dios al mundo:

—Abraham, que no se ha reservado a su hijo querido (Gn 22, 12, griego) es profecía del Padre que no se ha reservado a su propio hijo (Rm 8, 32), que «ha amado tanto al mundo que le ha dado a su hijo único» (Jn 3, 16).

—Isaac en la hoguera del holocausto, con sus ojos sonriendo al cielo, al aceptar voluntariamente la muerte, es profecía de Cristo que «nos ha amado y se ha entregado a la muerte por nosotros, ofreciéndose a Dios

en sacrificio de agradable aroma» (Ef 5, 2). En su homilía pascual durante la Cena, Jesús mismo comentará su muerte: «No hay mayor amor que dar la vida por aquellos a quienes se ama» (Jn 16, 13).

El sacrificio no está en la sangre de Isaac, ni en el degollamiento del carnero, sino ante todo en el corazón del viejo patriarca y luego en el de su hijo único. Y sólo tiene valor en cuanto que es una palabra de amor. Isaac renaciendo, por así decir, de las cenizas de su holocausto, y Jesús alzándose en el resplandor de la Resurrección son la respuesta de Dios al sacrificio del hombre.

Con razón la liturgia romana, en la oración de ofrecimiento que sigue a la consagración (Oración eucarística, I), recuerda a Abraham: «Como quisiese acoger el sacrificio de nuestro padre Abraham... mira esta ofrenda con amor y acéptala en tu misericordia».

Pascua y el Exodo

La tercera noche que se recuerda en la Pascua judía es la del Exodo.

El yahvismo es una religión histórica, y el Exodo es el corazón de esta historia. Y como la historia se hace más hermosa cuando se la contempla con la perspectiva necesaria para cicatrizar las heridas del camino, Israel tiñe al Exodo con todas las ternuras que acunaron su

adolescencia. La migración de las tribus nómadas y sus rebaños en busca de agua se convierte en la procesión triunfal de todo un pueblo de sacerdotes y reyes en marcha hacia la Tierra prometida. En medio de la rocalla del Sinaí Dios alza una mesa para los suyos, los alimenta con «flor de harina y miel de roca» (Sal 80, 17); la dulzura exquisita del pan de ángeles, que se adaptaba al gusto de cada uno, manifestaba la dulzura del Padre hacia sus hijos (Sb, 16, 20-21). Despreciando el agua fétida de las cisternas del desierto, Dios se complace en hacer brotar de la roca una nueva fuente de agua viva en cada etapa, y esta roca maravillosa, siempre dispuesta para el milagro, acompañaba fielmente a los hijos de Israel (explica Pablo, 1 Co 10, 4, tomando una tradición del targum). Allí, en el desierto del Sinaí, Yahvé revela su nombre, no el nombre Incomprensible de la zarza ardiendo, sino el que cada hijo de Israel, desde el menor al mayor, puede captar y atender: «Yahvé, Yahvé, Dios de ternura y de piedad, lento a la cólera, rico en gracia y fidelidad» (Ex 34, 6). Allí, también, proclama su ley; a su amada le confía no un reglamento policial, ni una recopilación anónima de tabúes, sino «las diez palabras de la Alianza» (Ex 34, 28); Israel no se queja por ellas, como si fueran un pesado fardo, sino que les dedica alabanza y acción de gracias: la Ley es alegría para el corazón,

luz para los ojos, consolación del alma, sabiduría para el sencillo, más dulce que la miel (cf. Sal 19, 8-10). Allí, en fin, en la soledad resplandeciente de la estepa, lo adopta como hijo primogénito, de entre todos los demás pueblos (Dt 32) y le da, como su propio corazón, su bien máspreciado: la Alianza. Yahvé se convierte en el Dios de Israel, e Israel se convierte en el pueblo de Yahvé.

Por este Exodo daba gracias Jesús. Ya que lo que se celebraba no era el aniversario de una antiquísima historia, cuyo recuerdo se guardara en ese libro de familia que es la Biblia, sino un misterio actualizado cada primavera. «En cada generación, afirma la Mishná, cada hombre debe considerarse a sí mismo como si hubiera salido personalmente de Egipto. Porque está escrito (Ex 13, 8): Aquel día, hablarás así a tu hijo: Es a causa de lo que Yahvé hizo por mí, cuando me saco de Egipto». Esta actualización se significaba con énfasis por el hecho de que los que celebraban la Pascua, la representaban en cierto modo: se comían el cordero a toda prisa (Dt 16, 1-8), «con las cinturas ceñidas, los pies calzados, el bastón en la mano», como si hubiera que salir huyendo delante del Faraón (Ex 12, 11); se utilizaban los ázimos, «el pan de la fatiga» (Dt 16, 3) que no había tenido tiempo de fermentar, tan precipitada había sido la partida. Aunque todas estas prescripciones rituales no estaban ya en vigor en tiempos de

Jesús, lo esencial seguía en pie: cada celebración pascual volvía a actualizar el Exodo y, suscitando la acción de gracias, realizaba la profecía: «El pueblo que yo me he formado, cantará mis alabanzas» (Is 43, 21).

Estos temas del Exodo forman el corazón de la religión de Israel. Por muy venerables que sean, quedan sobrepasados en el marco de la nueva Alianza. O, mejor dicho, la muerte y resurrección de Jesús - su «Exodo», como dice Lucas (9, 31)- los transfiguran en Pascua cristiana.

Ya que, lo que es el Exodo para Israel, lo es la muerte de Jesús para el cristiano: una salida de esta tierra de angustia, un «paso de este mundo al Padre» (Jn 13, 1), una entrada en la gloria de la resurrección.

Jesús mismo es el cordero pascual (Ex 12, 46= Jn 19, 36) en esta Pascua cristiana. «Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado», dice

Pablo sencillamente, (1 Co 5, 7) como si este tema fuera universalmente conocido por los fieles quienes, a su vez, forman una

masa nueva, son los ázimos de esta fiesta mesiánica. Como peregrinos

del Exodo cristiano, deben «ceñir los lomos de su espíritu» (I Pe 1, 13),

«caminar (en el sentido de vivir) con temor durante el tiempo de vuestro destierro» (v. 17) ya que han sido rescatados «Con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo» (v. 19).

Los cristianos añaden a la acción de gracias que Israel presenta a Dios por la Pascua judía, la acción de gracias por la Pascua de

Jesús,
por su muerte, su resurrección, su ascensión (cf. la anámnesis).
Dan
gracias por haber salido de la cárcel egipcia, pero aún más por la
entrada del Hijo bienamado en la gloria del Padre. Dan gracias
por
haber atravesado el mar Rojo, que fue como un «bautismo en la
nube y
en el mar» (1 Co 10, 2), pero aún más por su propio bautismo
que les
ha librado de la muerte y del pecado y les ha hecho llegar a la
orilla del
país de la libertad eterna en el Resucitado. Dan gracias por la
columna
de fuego que iluminaba las tinieblas del desierto, pero más aún
por la
verdadera luz, que es Cristo, que se alza sobre las tinieblas del
corazón
y guía hacía la vida a los descarriados (Jn 8, 12). Dan gracias por
el
maná del desierto, pero aún más por el pan de Dios que da la
vida al
mundo (Jn 6, 33). El banquete del desierto era sólo la profecía
«del
banquete de bodas del Cordero» (Ap 19, 9). Dan gracias por
Moisés,
«el servidor fiel» (He 3, 5), guía de la comunidad rescatada, pero
aún
más por Jesús, nuevo Moisés, a quien el Padre «estableció como
hijo,
al frente de su propia casa, que somos nosotros» (He 3, 6). Dan
gracias
por las fuentes de agua viva que Dios hizo manar en el desierto,
pero
aún más por «la fuente de agua que mana hasta la vida
eterna» (Jn 4,
14) que les hace brotar la fe en Jesús: «El cordero será su pastor

y les
conducirá a las fuentes de la vida» (Ap 7, 17). Dan gracias por la
ley
promulgada —según la tradición— cincuenta días después de la
salida
de Egipto, pero aún más por el Espíritu de Jesús, nueva ley
derramada
en sus corazones en oleadas de amor (Rm 5, 5), cincuenta días
después de su resurrección, el día de Pentecostés. Dan gracias
por la
Alianza sellada en el Sinaí, pero aún más por la nueva Alianza en
la
sangre de Cristo: «La ley fue dada por Moisés, la gracia y la
verdad han
venido por Jesucristo» (Jn 1, 17). Cantan el cántico de Moisés,
pero
este cántico es también el del Cordero (Ap 15, 3) que celebra la
liturgia
celeste del Apocalipsis (Ap 15, 3). En una palabra, la Pascua judía
celebra el Exodo de Israel. La Pascua cristiana celebra el Exodo
de
Jesús. La Eucaristía es memorial a la vez de lo uno y lo otro.

Con razón la liturgia coloca en el mismo corazón de la celebración
eucarística el recuerdo de la muerte y resurrección de Jesús. La
primera vez al comienzo del relato de la Institución, de acuerdo
con la
tradicción paulina (1 Co 11, 23), y, a continuación, en la doble
anámnesis
que sigue a la consagración, proclamada primero por la
asamblea,
retomada luego por el sacerdote. La Oración IV es sin duda la
más
explícita:

Celebramos hoy el memorial de nuestra redención:
recordando la muerte de Jesucristo
y su descenso a la morada de los muertos,

y proclamando su resurrección y su ascensión a tu derecha en el cielo...
te ofrecemos su cuerpo y su sangre.

La misa es la celebración de la Pascua de Jesús. Enlaza con la Cena,
donde la consagración del pan y la del vino después de comer rodeaban como dos manos la comida sacrificial del cordero pascual. Así
la Cena se enraiza en la Pascua de Israel y en la de Jesús; y la Eucaristía cristiana actualiza a la vez la una y la otra.

Pascua y la fiesta eterna

La cuarta noche que se conmemora en la Pascua es la del final de los tiempos «cuando el mundo llegue a su fin para ser rescatado... y el Rey Mesías venga de arriba». El Exodo, celebración del pasado, es también fiesta de esperanza. Cada Pascua es profecía del Día escatológico y mesiánico. «En esta noche han sido salvados, en esta noche serán salvados», se decía. A la media noche se abrían las puertas del Templo, como para apresurar y acoger la entrada triunfal de Yahvé o de su enviado. ¿Acaso no anunciaba la profecía: «El Señor que buscáis entrará de pronto en su santuario y el Angel de la Alianza que deseáis, ¡helo aquí que viene!»? (Ml 3,1).

Con este fervor mesiánico se pronunciaban las oraciones de Hallel.

La bendición que las acompañaba decía: «Yahvé, Dios nuestro y Dios de nuestros padres, concédenos llegar en paz a las fiestas que se acercan, alegrarnos de la construcción de tu Ciudad, ser felices de

poder servirte... Te damos gracias con un cántico nuevo por nuestra liberación. ¡Bendito seas tú, Yahvé que has rescatado a Israel!».

Es particularmente significativa la interpretación del Salmo 118 que cierra el Hallel (Sal 113-118). El versículo 24: «Este es el día que ha hecho Yahvé» se aplicaba al día escatológico que Dios, al final de los tiempos, iba a llenar de alegría.

El midrash de este salmo presenta un cuadro grandioso de la procesión que debía llevar al rey mesiánico a la Ciudad santa, mientras, en lo alto de las murallas, los habitantes dialogan con los peregrinos, retomando las palabras del salmo:

Los habitantes dirán desde el interior:

«¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» (v. 26)

Y los habitantes de Judá responderán desde el exterior:

«Os bendecimos a vosotros, que estáis en la casa de Yahvé!» (v. 26)

Los habitantes de Jerusalén dirán desde el interior:

«Yahvé es Dios, él nos ilumina!» (v. 27)

Y desde fuera, los habitantes de Judá responderán:

«¡Cerrad la procesión, ramos en mano, hasta los cuernos del altar!» (v. 27)

Los habitantes de Jerusalén dirán desde dentro:

«¡Tú eres mi Dios, yo te doy gracias!»

Y los habitantes de Judá responderán desde fuera:

«Dios mio, yo te exalto» (v. 28)

Los habitantes de Jerusalén y los habitantes de Judá abren su

boca

y glorifican juntos al Santo,

—¡Bendito sea!—y dirán:

«¡Dad gracias a Yahvé porque es bueno! ¡Porque es eterno su amor!» (v. 29).

De este modo, la alabanza del Hallel pascual, según la tradición judía,

termina con una aclamación unánime. Peregrinos y habitantes de Jerusalén, elevan a Dios su alabanza y eterno amor, con un solo corazón y una sola voz. «El día que ha hecho Dios», es el día en que

vendrá «Aquel que es bendito en el nombre del Señor». Ese será el

comienzo, por toda la eternidad, de una fiesta eucarística sin fin.

Los evangelistas se las han arreglado para darnos la alegría de descubrir en sus relatos la huella de estas esperanzas escatológicas.

Así, por ejemplo, cuando Jesús, como peregrino de Jerusalén en los

tiempos mesiánicos, entra en la Ciudad santa para celebrar la verdadera Pascua, «la gente» (Mt 21, 9), llevando en sus manos las

palmas de que habla el Salmo 118 (v. 27), corre a su encuentro con

gritos de júbilo, y le aclama como en el Salmo de Hallel:

¡Hosanna al Hijo de David!

¡Bendito el que viene en nombre del Señor! 5

Recordemos también que muchas parábolas escatológicas se complacen en situar en la noche la vuelta de Jesús. «Mas a media noche se oyó un grito: ¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!»

(Mt 25, 6). Las diez vírgenes —precisamente son diez los convidados

necesarios para celebrar la Pascua—tienen que conservar encendida

la lámpara de la vigilancia. Hay que velar durante la noche, para comparecer «de pie» ante el Hijo del hombre (Lc 21, 36). ¡Feliz el siervo

que, según prescribe el rito pascual, permanezca «con los lomos ceñidos» (Lc 12, 35) para acoger a su Señor cuando vuelva de noche!

La Pascua era la fiesta más rica en esperanza escatológica y mesiánica. El relato de la Cena da testimonio fiel de esta riqueza.

En él,

Jesús afirma que no volverá a comer la Pascua «hasta que halle su

cumplimiento en el Reino de Dios», que no volverá a beber del fruto de

la vid «hasta que llegue el Reino de Dios» (Lc 22, 16 y 18). Esta formulación está emparentada con los votos de renuncia. Por ejemplo

en el que David, según el Salmo 132, 2-5, se compromete a no descansar hasta que haya encontrado un lugar de descanso para el

arca de la alianza, lo que significa, dicho más claramente, que se compromete en primer lugar a encontrar un lugar para el arca y, en

segundo lugar, como señal de este propósito, a no descansar hasta

haberlo llevado a cabo. Del mismo modo, en Hch 23, 12-13, los judaizantes se comprometen a no comer ni beber nada antes de haber

matado a Pablo, lo cual significa que se comprometen esencialmente a

matar al Apóstol. En las logia (palabras) de la Cena, tenemos igualmente una afirmación de renuncia, secundarla, y una afirmación principal.

En la afirmación secundaria, Jesús se compromete a no celebrar ninguna otra Pascua. Esta es, en verdad, la última, y, mediante esta renuncia, se niega toda posibilidad de volverse atrás de sus palabras.

Una decisión tal equivale prácticamente al anuncio profético de su muerte. Desde el día de la Transfiguración en que Moisés y Elías ya habían hablado de su «Exodo» a Jerusalén, su vida estuvo como imantada por esta salida, a la vez dolorosa y triunfante, de este mundo .

Su cruz, patíbulo vergonzoso, será también trono de gloria y de exaltación (Jn 12, 32), y la tumba que debía sepultar su cadáver en la

piedra, se convertirá en puerta de los ángeles, abierta sobre la Ascensión. En un gesto profético, María, la mujer del vaso de alabastro,

ya había perfumado su cuerpo para la sepultura (Mc 14, 8). Aquel mismo día comenzaba el primero del triduo que le iba a llevar a la perfección (Lc 13, 32).

Esta hora de miseria y de gloria está iluminada por una inmensa esperanza. Ya que la afirmación principal subraya el hecho de que la

Pascua se verá «cumplida» un día, es decir, llevada a la perfección en

el Reino. Desde hacía siglos, Israel amontonaba los años sobre la superficie de la historia y las Pascuas se sucedían unas a otras sin

adelantarse nunca. Ahora se alzaba en el horizonte del tiempo una

Pascua al fin perfecta, una plenitud de gozo, de fiesta, de alabanza, de

acción de gracias, una liberación infinita en una nueva creación construida según el amor eterno de Dios. La renuncia de Jesús (ya no

volverá a celebrar la Pascua) solamente dura un tiempo, el

tiempo de la historia del mundo. Una vez pasado ese lapso de tiempo—¡un abrir y cerrar de ojos comparado con la eternidad!—Jesús volverá a beber el vino de la fiesta en el Reino de su Padre. Entonces, aquel día creado para la eternidad, empezará la Pascua «acabada», el banquete escatológico que dará comienzo al mundo nuevo: «Yahvé Sebaot preparará un banquete para todos los pueblos... Hará desaparecer la muerte para siempre, enjugará las lagrimas de todos los rostros» (Is 25, 6-8).

Hay que hacer notar la humildad de la expresión «Y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre» (/ Mt/26/29).

Jesús no es el organizador de esta Pascua eterna. El Padre es el amo del banquete, en «su» Reino. El, Jesús, en tanto que Hijo—y sin duda esta palabra es la más humilde que haya pronunciado en alabanza de su Padre, acepta incluso ignorar el día y la hora (Mc 13, 32). En la Cena de la Pascua, como en cada Eucaristía, Jesús da a sus discípulos el vino de la fiesta, su propia sangre. Pero, en el banquete de la Pascua definitiva, él se sitúa entre los convidados: «Yo lo beberé con vosotros», les dice a los discípulos.

Se concibe fácilmente que la comunidad primitiva viviera con el ardor del amor esta tensión hacia el Día de la eterna fiesta con Jesús. Habían

bebido con él el vino de su última Pascua. Ahora que les había dejado para ir a la gloria del cielo, se encontraban inmersos en la dura realidad cotidiana, con la pena y las angustias de su soledad, o simplemente con el aburrimiento y la falta de atractivo de una existencia alejada del rostro del Señor. Era, pues, normal que cada Eucaristía agudizase en ellos la espera del día en que el número de convidados estaría por fin completo y en que los signos sacramentales, ya inútiles, serían reemplazados por su presencia corporal como la noche de la última Pascua. Así pues, el pan y el vino eucarísticos, signos de Cristo «hasta que venga» (1 Co 11, 26), son al mismo tiempo oración para el día de su venida. Proclaman su presencia bajo las especies sacramentales, revelan su ausencia en el nivel de la percepción sensible, imploran su venida en el día de la eternidad.

La liturgia hace resaltar, con gozo, la dimensión escatológica de la Cena. En la oración memorial (anámnesis) que sigue a la consagración, recuerda el «Maranatha, Ven, Señor» de las primeras comunidades cristianas (1Co 16, 22) y suplica: «Esperamos tu venida en la gloria. ¡Ven, Señor Jesús!» Cada misa es una puerta de esperanza abierta a la eternidad.

VIATICO/SIGNIFICADO: Este misterio se realiza con una intensidad

particular en la comunión recibida como viático. Esta práctica, como se sabe, se remonta a la antigüedad cristiana: el año 325, el Concilio de Nicea habla de ella diciendo que es «una ley antigua y canónica» (Canon 13). La misma palabra *viaticum*, designaba antiguamente las provisiones o el dinero que se tomaban para el camino (*via*). Aunque no se trata tanto de que el viajero lleve la Eucaristía como «provisión» para el gran viaje, sino de que el mismo Cristo vaya delante del fiel y le conduzca a la casa del Padre.

El viático sella para la eternidad, entre Jesús y los suyos, esa comunidad de destino que cada comunión expresa tan maravillosamente: «El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él» (Jn 6, 56), dice el Señor. Para el cristiano, en la hora de su muerte, este «permanecer» en Cristo revela sus últimas consecuencias: entonces es cuando muere verdaderamente con Jesús (2 Tm 3, 11), cuando va a ser enterrado con él (Rm 6, 4; Col 2, 12), cuando se prepara para resucitar con él (Ef 2, 6; Col 2, 13; 3, 1), para ser glorificado con él (Rm 8, 17), en una palabra, cuando asocia su propio Exodo, su salida de este mundo de sufrimiento y su entrada en el Reino del gozo del Padre, al Exodo de Jesús. Cada comunión es una oración: «¡Ven, Señor Jesús!». Ahora la oración se transforma en alegría por su presencia: «Estaremos para siempre con el Señor» (1 Te 4, 17). Cada

comuni3n es una promesa de eternidad: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitar3 en el 3ltimo d3a» (jn 6, 54). Ahora, a medida que se acerca la noche de la agon3a, se levanta el alba de la resurrecci3n. La Eucarist3a-viático es la 3ltima acci3n de gracias en el tiempo, antes que comience la de la eternidad. Es el 3ltimo encuentro con Cristo en la alabanza, antes de encontrarse con 3l cara a cara en la casa del Padre.

La acci3n de gracias no es un aspecto entre otros del misterio de la Eucarist3a. Es en verdad su centro. Sin acci3n de gracias no hay misa.

El que preside da gracias «tanto como puede», dice Justino a mediados del siglo II, para caracterizar la misa. Desde entonces, sin duda, las r3bricas han canalizado, entre las orillas del Prefacio y de la Oraci3n eucar3stica, las riadas tumultuosas de la alabanza espont3nea.

Pero el dinamismo de la oraci3n sigue siendo el mismo. Desde que Cristo dijo a su Iglesia: Tomad, esto es mi cuerpo, el «tanto como puede» se ha vuelto infinito. Puesto que la Iglesia ha recibido el poder de ofrecer no solamente al universo y al hombre que lo resume en s3 mismo, sino a Aquel que es en s3 mismo «todo honor y toda gloria» para el Padre: Cristo-Jes3s.

LUCIEN DEISS
LA CENA DEL SEÑOR

.....

1. La Todá es una clase de sacrificio shelamim. Este banquete sacrificial y «eucarístico» lleva consigo una proclamación de las grandezas de Dios.
2. Homilías pascuales; 1: Une homélie inspirée du Traité sur la Paque d'Hippolyte, Cerf, coll. «Sources chrétiennes», 27, p. 145.
3. Protreptique, 1, 5.
4. Traducción (retocada) R. LE DEAUT, en A. D. MACHO, Ms. Neophyti I, I: Genesis, Madrid-Barcelona 1968, pp. 405-406.
5. Sal. 118, 25-26: Mt. 21, 9; Mc. 11, 9, Lc 19, 38, Jn 12, 13. Hosanna viene del hebreo hoshi ah na (v. 25), «da la Salvación».